

SIN PISAR LA SOMBRA DEL MAESTRO

Tomás Valdesanz y Shoji Timoda eran amigos desde que se conocieron en un congreso internacional de cerámica celebrado en Londres, tenían en común su atracción por el gres y la porcelana, las cocciones de leña y los esmaltes con personalidad. El hijo de Timoda se había casado con una española y Valdesanz fue el padrino de boda. La visita de Timoda a España permitió construir un horno noborigama como el que Timoda tenía en Japón, ambos tenían la suerte de tener un hijo ceramista que seguía la tradición, por lo que decidieron enviar al joven ceramista español a Japón y el joven hijo de Timoda a España. El contraste de culturas produjo un sinfín de situaciones tragicómicas, el alumno japonés durante los paseos con el maestro y otros colegas daba saltos sin parar, el maestro se acabó cansando de tan errático proceder, exigiéndole que parara al instante, el joven alumno japonés explicó azarosamente que un alumno japonés nunca puede pisar la sombra del maestro. Por su parte el alumno español sufrió en Japón múltiples novatadas en el taller de Timoda por parte de los trabajadores, hasta llegaron a introducir una serpiente, que afortunadamente no era venenosa, en las balsas de barro donde el joven metía las manos constantemente para preparar el barro.

Valdesanz como buen ceramista europeo trataba de introducir a Timoda en técnicas propias como el reflejo metálico y el gres salino, siendo este último el que Timoda incorporó a sus cocciones, dedicando una bóveda de su noborigama a la sal.

Con el paso del tiempo el ceramista español había ganado un enorme prestigio como artista, sobre todo cuando realizó grandes obras públicas, concretamente murales y esculturas monumentales. A pesar de su amistad con Timoda, Tomás Valdesanz no había aprendido una palabra de japonés, aunque Timoda tampoco aprendió español.

Valdesanz visitó Japón para instalar un gigantesco mural que había realizado en colaboración con Pablo Ruiz, lo que les permitió visitar museos y monumentos y hacer turismo cómodamente y vestidos como tal, en una ocasión llegó una limusina con la intención de llevarlos en ese mismo momento a una recepción muy importante, por cortesía aceptaron ir, aunque hubieran preferido poder cambiarse de ropa, dejar los pantalones cortos y las gorras para el sol. Pronto entraron en un palacio en el centro de la ciudad para encontrarse de golpe con una recepción con la Familia Imperial, que como todo el mundo sabe son grandes amantes del arte y la cerámica. Los japoneses querían aquí completar su opinión de que los occidentales no saben comportarse y los europeos pensaban que las cosas no se hacen así. La visita fue muy cordial y pudieron disfrutar de las cerámicas del Palacio Imperial, la situación produjo en Shoji Timoda una hilaridad desbordante, recordando y también contando siempre que podía la graciosa anécdota.